

Patricia A. Miller

LECCIONES
DE AMOR
PARA DÍAS
GRISES

VERSÁTIL
romántica

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos). Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)».

Título original: *Lecciones de amor para días grises*

© 2025 Patricia A. Miller

Corrección: Rosa Sanmartín

Diseño de cubierta: Eva Olaya

1.^a edición: mayo 2025

Derechos exclusivos de edición en español
reservados para todo el mundo:

© 2025: Ediciones Versátil S. L.

Calle Muntaner, 423, piso 2

08021 Barcelona

www.ed-versatil.com

ISBN: 979-13-990002-6-9

Depósito legal: B-9653-2025

Impreso en España

2025 - Estilo Estugraf Impresores S. L.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopia, sin autorización escrita de la editorial.

*Para mi bebé,
que lo seguirá siendo
por muchos años que pasen.
Donde la vida comienza, el amor nunca acaba.*



LECCIÓN 1:
LA CASUALIDAD ES UN CONCURSO
QUE PUEDE HACERTE GANAR UNA VIDA.

Charlotte, Carolina del Norte. Julio de 2022

—Llegas tarde.

—Ya sé que llego tarde. —Saludé con la mano a una de las ayudantes de cocina del restaurante y tomé asiento frente a Spencer, que me miraba con el ceño fruncido—. Estás muy guapo.

—Es la ropa de trabajo, Janny. La misma de siempre —advirtió—. Y no es de buena educación llegar tarde. Hoy es día de descanso, y Dom y Nancy están aquí por mí.

—Vale, vale, lo siento, he perdido el autobús. Y esa chaquetilla de chef te sienta tan tan bien... —Agité las pestañas y le sonreí con inocencia. Dom, el enorme jefe de sala afroamericano, soltó una risilla al servir el vino—. La abuela estaría tan orgullosa de ti...

Aún me daba un vuelco el estómago al pensar que ya no estaba, que se había ido, que si nos encontrábamos allí era porque le prometimos salir a celebrar su aniversario. Pero no iba a ser divertido, nadie dijo que tuviera que serlo. Nos había dejado y era triste. Hacía un año que solo éramos Spencer y yo. Y una gata con muy malas pulgas que la echaba de menos tanto como nosotros.

La mano de Spencer apretó la mía y volví allí, al restaurante, a nuestra mesa en el rincón, a la celebración de un primer aniversario que aún dolía.

—Por Nana —dijo mi hermano al tiempo que levantaba su copa de vino.

—Por Nana.

Spencer era el chef de su propio restaurante, La belle vie, un selecto local en uno de los distritos más efervescentes de Charlotte, nuestra ciudad natal. Tenía seis años más que yo, pero no lo parecía. Si de algo podíamos presumir los Pennington era de una genética privilegiada. Ni él aparentaba treinta y cinco ni yo veintinueve, aunque a veces me sentía como una anciana de ochenta.

—He elaborado un nuevo menú, vas a ser mi conejillo de indias —anunció con jovialidad al ver llegar a Dom con el primer plato—. Gajos de langosta frita con hebras de azafrán y setas sobre lecho de *parmentier* de pimientos y gotas de aceite de calamar.

—Te odio cuando haces eso.

—¿Hacer qué? —se extrañó.

—Sonar como un estirado que llama «gajos» a los trozos de langosta, «lecho» a un manchurrón en el plato y *parmentier* al puré de toda la vida. —Me llevé el tenedor a la boca como él me había enseñado, con una mezcla de todos los ingredientes para experimentar los sabores en su conjunto, y gemí de gusto—. También odio cuando haces esto. —Señalé la comida y volví a gemir más fuerte—. Está delicioso. Odio que seas tan perfecto.

—No soy perfecto, Janny. —Se sonrojó—. Se me da bien, ya está. Y a ti también se te daría bien si hubieras hecho el curso de cocina que te regalé.

—¡Y lo hice! —le rebatí.

—Solo durante una hora.

—Fue una hora muy larga.

—Era un curso muy caro de quince días.

—Que yo no te pedí.

—¡Fue mi regalo de Navidad! —se ofuscó—. Dijiste que querías hacer algo divertido.

—Cocinar no es divertido. Comerme lo que tú cocinas sí. ¿Ves la diferencia?

—Janny... —Ese tono de hermano mayor solo podía significar que se avecinaba una charla importante. Otra más—. Le dijiste a Nana que te esforzarías, que harías cosas divertidas, que te arriesgarías...

—¿Y no lo estoy haciendo? —Di un buen trago de vino y agradecí a Dom el siguiente plato—. He ido a tu casa a darle de comer a Aby, ¿no te parece suficiente riesgo? Esa gata me tiene manía.

—No te tiene manía —me dijo como si fuera una niña—. Solo está un poco susceptible. Supongo que ella también echa de menos a Nana.

Debía de ser eso. Aun así, siempre prefirió las carantoñas de Spencer. La gata era muy especial para nuestra abuela y fue un auténtico dolor de cabeza pensar qué hacer con ella. A Nana le habría dado otro ataque al corazón de haber sabido que el destino de Aby era la protectora, quizá por eso nos echamos atrás en el último momento. Pero yo no podía hacerme cargo, en mi edificio no aceptaban animales de compañía, y mi hermano se pasaba todo el día en el restaurante. Al final, Spencer asumió la responsabilidad, pero decidimos compartir tareas, algo así como un régimen de visitas.

El destino de la gata y la sucesión de deliciosos platos de nombres rimbombantes desvió la atención del tema que nos ocupaba, es decir, yo.

Le prometí a mi abuela que tendría una vida más allá del aburrido trabajo de contable en la misma cadena de supermercados en la que hice las prácticas universitarias. Le prometí que correría aventuras, que me arriesgaría, que empezaría y terminaría aquellos proyectos que me hicieran ilusión, y que no me aco-

bardaría, porque yo, Jane Malory Pennington, era única abandonando sueños al menor contratiempo.

—El color de este bizcocho es igualito al de la pared de mi salón —observé tras un sorbito del vino dulce que acompañaba al postre.

—¿La pared que sigue a medias? —Ya estábamos otra vez.

—No está a medias, es *art déco*.

—¡Ja! —exclamó—. ¡Y yo tengo tres estrellas Michelin!

—Algún día puede que las tengas.

—Desde luego que sí, porque me lo propondré, trabajaré duro, me esforzaré y las conseguiré. —Puntualizó cada objetivo con un golpe del dedo sobre la mesa, delante de mí—. Y si fallo, no me rendiré, Janny, que es lo que haces tú en cuanto ves la mínima dificultad.

—¿Vas a pasarte toda la cena recordándome lo desastrosa que soy? Necesitaré mucho vino, entonces. —Alcé la copa y Dom trajo algo más fuerte. La ocasión lo merecía—. Y no es para tanto.

—Janny, tienes ideas, tiempo, y ahora, entre tus ahorros, la cuenta de papá y mamá y la herencia de Nana puedes llevarlas a cabo. ¿De qué tienes miedo?

—No tengo miedo —mentí—. Y no pienso invertir dinero en pérdidas de tiempo.

—Pintar el apartamento no es perder el tiempo. Empezaste hace meses y los cubos de pintura ya forman parte del mobiliario.

—Es decoración vanguardista.

—¿Y qué me dices de tu trabajo de voluntaria en la protectora? ¡Querías alquilar un local para montar tu propia asociación para animales abandonados! —insistió—. Le juraste a Nana que era tu vocación...

—¡Me mordió una iguana y los perros me chupaban todo el rato! ¡No me gustan los perros!

—Tampoco los gatos.

—¡Es que les doy alergia!

La risa de Spencer sonó igual de ebria que la mía después de los dos chupitos de *burbon* que nos habíamos tomado ya.

—Y ahora has dejado el curso de cocina... Por no hablar de tus relaciones personales.

—¡Tú tampoco eres un experto en relaciones, no me fastidies! —le espeté.

—Yo estoy casado con mi trabajo, amo mi trabajo, Janny, que es más de lo que se puede decir de ti. Odias ser contable.

—No lo odio, es solo que es tan aburrido..., y mi jefe tan gilipollas...

—¿Y a qué esperas para salir de ahí? —me provocó—. ¿Qué hay de aquello de aprender a pilotar una avioneta? ¿O lo de viajar de mochilera por Europa? ¿O lo ser decoradora de interiores?

—No quiero decorar interiores, quiero tirar tabiques a la bestia, como en esos programas de televisión donde todo está hecho un asco y después queda de lujo, aunque no tengo muy claro que vaya a poder con un mazo y no tengo ni idea de electricidad ni de tuberías.

—¡Pues aprende! Si es lo que te hace feliz, ve a por ello. Tienes veintinueve años, sin responsabilidades... ¡Lárgate de aquí! Haz algo loco.

—Tú sí que estás loco.

—No, Janny, yo estoy cojo —soltó de sopetón, y tragué saliva. No me gustaba que bromeara con ese tema—. Venga, no me mires así. Llevar una pierna ortopédica no es tan malo, ya lo sabes. Me ceden el asiento en el autobús —bromeó.

—Eres idiota.

—Y gay.

—¡Cállate! —le grité muerta de risa, empezaba a hacerme mucho efecto el alcohol—. Eres un chef gay, idiota, cojo y con una

hermana incapaz de hacer nada productivo. Un portento. Serías un bocadito muy apetecible en una *app* de citas.

Bromeamos sobre nuestras relaciones y sobre lo mal que se nos daba a ambos el plano sentimental. Recordamos viejos amores, tiempos pasados y proyectos frustrados, y entre risas, algunas lágrimas y la sección de contactos del periódico, encontramos un anuncio que despertó el interés de Spencer.

—Mira lo que dice aquí. —Señaló con el dedo, pero entre que no llevaba las gafas de leer y que no estaba en plenas condiciones para hacerlo...—. Por un dólar, define tu vida perfecta en las montañas y gana una estancia única en el pueblo más bonito de Carolina del Norte —leyó—. ¡Venga! —Se puso en pie y sacó del bolsillo un billete que dejó sobre la mesa con un golpe que hizo tintinear las copas—. ¡Yo pongo el dólar! Tú, la prosa.

—La vida perfecta en las montañas, ¿eh? Deja que piense...

El alcohol y la nostalgia activaron mi lado más creativo, y me arranqué con una narración romántica; una descripción bucólica de mi ideal de vida. Cerré los ojos y me dejé llevar por los sentimientos, esos que normalmente estaban a buen recaudo en la cajita de galletas donde empecé a guardarlos desde muy pequeña.

Y hablé y hablé con el corazón en la mano, arranqué una confesión de lo más profundo del alma. Imaginé, sentí y me vi allí, en aquel lugar desconocido, mientras Spencer escribía en el móvil y daba pequeños sorbos a su copa.

Cuando acabé, tenía las mejillas húmedas por las lágrimas, y una sensación en el pecho que identifiqué como náuseas.

—Creo que voy a vomitar.

* * *

Maldije mil veces a Spencer por su particular forma de celebrar el aniversario de la muerte de nuestra abuela, porque lo que debía de haber sido una cena tranquila plagada de recuerdos

bonitos, se convirtió en un «machaquemos a Jane y emborrachémonos hasta sacar las tripas». Tres días después aún tenía dolor de estómago y unas lagunas mentales muy considerables.

—Capullo —mascullé con la cabeza recostada en la mano y las gafas haciendo equilibrios sobre la punta de la nariz, en una posición muy poco profesional para la contable respetable que era.

—¿Cómo dice, señorita Pennington? —se escandalizó mi jefe, que justo pasaba por allí en ese instante.

—Muy suyo —improvisé, a pesar de que mi mente era una pasta densa incapaz de generar pensamientos—, decía que esa corbata es de un estilo muy suyo, señor Foster.

«Y muy hortera, joder».

—No la vi el viernes por la noche en la sesión de inventario, señorita Pennington. ¿Pasó algo importante por lo que tuviera que ausentarse? Lans y Marie sí estaban allí. —«Porque Lans y Marie son unos lameculos de cuidado», pensé—. Ya sabe lo fundamentales que son los inventarios de final de trimestre.

El olor de su colonia, mezclado con el del sudor que emanaban sus axilas, me provocó una arcada que disimulé tras la mano. Era el hombre más nauseabundo y prepotente de todo Charlotte. ¿Qué demonios quería que hiciera en el maldito inventario del supermercado? Yo era una contable, y como el resto de los contables de aquella empresa, no necesitaba nada más que albaranes, facturas y extractos bancarios para hacer mi trabajo.

—El viernes fue la cena de aniversario del fallecimiento de mi abuela, se lo dije, ¿recuerda?

Usé mi tono más amable y el aleteo de pestañas que funcionaba tan bien con mi hermano, pero no debió de salirme como esperaba porque su expresión no mejoró y se acercó más a la mesa.

Otra arcada. Iba a morir allí mismo asfixiada por aquel hombre horrible.

—Sus celebraciones me importan tres pimientos, ¡el inventa-

rio es sagrado! —me gritó, y apreté los puños bajo la mesa—. Que sea la última vez que se escaquea de sus obligaciones.

—Perdóneme, señor Foster, pero yo no me he escaqueado de...

—Chiiist, ¡boca cerrada, señorita Pennington! Es su primera y última falta. Queda advertida.

¡A la mierda sus advertencias! Iba a decirle a ese pavo relleno dónde podía meterse sus días de inventario cuando mi móvil empezó a sonar. La cara de mi hermano con su gorro de chef iluminó la pantalla.

—¡Las llamadas personales en el trabajo son solo para casos de emergencia, señorita Pennington! —voceó para que lo oyera toda la oficina, pero como se alejaba por el pasillo entre las mesas, agarré el teléfono y me escapé al cuarto de baño.

—Dime algo bueno, gracioso y que me haga ilusión porque te juro que ahora mismo estoy a punto de matar a mi jefe —recité al responder.

—¿Qué tal el fin de semana? ¿Todavía te dura la resaca? —Se rio. El muy capullo se rio—. ¿Recuerdas algo de lo que hicimos el viernes?

—Recuerdo que fue una cena horrible y que Nana se habría escandalizado si me hubiera visto vomitar como un sifón —contesté molesta y avergonzada.

—¿Y recuerdas lo del concurso sobre la vida ideal en las montañas?

—Dijiste algo, sí. ¿Qué pasa?

—Has ganado.

—¿Qué?

—Que has ganado. El concurso. Has ganado.

—Sí, Spencer, ya te he oído, pero no sé qué quieres decir con que he ganado. ¡Si no participé!

—Sí lo hiciste. Pagué el dólar por la web y mandé tu respuesta. Has ganado.

—¡Deja de repetirlo, leches! —Me quité las gafas, me presioné el puente de la nariz y respiré despacio—. ¿Pagaste el dólar de un concurso donde ni siquiera sé qué dije y he ganado? ¿Y no se te ocurrió pensar que a lo mejor era una estafa?

—Solo era un dólar.

—Un dólar más otro dólar más otro dólar suman miles de dólares, listillo.

—No es una estafa, créeme. He buscado referencias.

—Vale, no es una estafa. —Si él lo decía...—. ¿Qué he ganado?

—Un bonito hostel en Banner Elk, en las montañas —anunció, muy animado.

—¿Un... qué?

—Un hostel.

—Mira qué bien. Tal vez unos días de estancia en...

—No, Janny, no son unos días de vacaciones. —Volvió a reír—. Has ganado una propiedad que contiene un hostel, un pequeño riachuelo, unos cuantos árboles...

—¿Qué?

—La mujer que me ha llamado ha dicho que contactaría contigo hoy. Le he dado tu número.

—¿Y por qué demonios has hecho eso? Yo no quiero un hostel en Banner Elk, no fui yo la que participó, sino tú. Es tuyo.

—Ah, no. No, no, no, lo dijiste, me lo juraste por la tumba de Nana y lo firmaste. Tengo la prueba.

—No sé de qué hablas, Spencer, pero tengo que volver al...

—Ve despidiéndote de tu trabajo o tendrás que renunciar a tu parte de la herencia.

—¿Qué?! ¿Aún estás borracho? —Debía de ser eso porque no diría semejante tontería sobrio—. No pienso ir a las montañas ni darte nada, y no sé qué pruebas crees que tienes, pero no son válidas en absoluto.

—Yo, Jane Malory Pennington, en pleno uso de mis facultades,

me comprometo a ceder mi parte de la herencia de Nana a mi hermano, Spencer Pennington, si no cumplo con las condiciones y con la posible resolución del concurso a mi favor —leyó.

—Te lo estás inventado.

—Te aseguro que no. Es más, tu dinero me vendría de lujo para ampliar el negocio. Tú solo di que no irás, anda. ¡Ya oigo las monedas caer en mi cuenta!

—No serás capaz —lo desafié—. Eres un idiota. Si esto es una de tus artimañas para que salga de mi zona de confort...

—Te acabo de mandar una foto. —Miré el teléfono como a un cartucho de dinamita. En la pantalla, la imagen de una nota con aquel absurdo trato parecía reírse de mí igual que lo hacía él al otro lado de la línea—. Haz las maletas, Janny. Te vas a Banner Elk.



Banner Elk, Carolina del Norte.

Un mes más tarde...

—Recuérdame qué hacíamos para celebrar nuestros cumpleaños cuando yo no era un marido responsable y tú no te dedicabas a trabajar como un cabronazo, por favor —me pidió Robert, más melodramático de lo habitual.

—¿Te refieres al año pasado? —Me reí, y continué cepillando el tablón de madera que iba a usar para hacerle a mi abuelo una estantería nueva para su colección de vinilos—. Venga, tomar nos unas cervezas y hablar de la vida tampoco es tan malo.

—¿Comparado con qué?

—Comparado con ir a trabajar con resaca, aguantar un sermón de mi padre o de tu mujer, y ser el hazmerreír del pueblo durante toda una semana —respondí—. Cada vez que salimos juntos acabamos en comisaría.

—¡Eso no es verdad! Solo pasó una vez.

—Dos.

—Bueno, vale, dos, pero, joder, no fue culpa nuestra. Esas chicas no dijeron en ningún momento que tuvieran novio ni que fueran armarios empotrados con puños como piedras. Todavía me duele la mandíbula cuando me acuerdo. —Se pasó la mano por el mentón, a disgusto—. ¿Cuántos años cumplimos aquel día? ¿Veintisiete?

—Veintiocho.

—Veintiocho, tío. Y hoy, treinta y cuatro. ¿Cuándo dejamos de ser jóvenes para ser como nuestros padres?

—Tú eres el que se casó y va a tener un hijo, amigo. Yo sigo siendo joven.

—Sí, pero al menos me dedico a lo que me gusta y soy feliz con mi mujer. Tú te la tienes que cascar solito y eres incapaz de decirle a tu padre que no quieres hacerte cargo de la empresa familiar cuando decida retirarse. No sé a qué cojones esperas.

Yo tampoco lo sabía.

No me importaba atender los trabajos de carpintería que iban asociados a los contratos que firmaba mi padre. Cuando uno tenía una empresa contratista, quería trabajar con los mejores en cada sector, y si eran baratos, punto extra. Por eso me los endosaba a mí, porque yo era el mejor carpintero del condado de Avery, y en cuanto a cobrarle... Digamos que compartíamos beneficios desde siempre.

Papá se hizo cargo de la empresa cuando el abuelo anunció que se retiraba, y ahora ambos esperaban que yo siguiera sus pasos. No quería defraudarlos, pero iba a ser inevitable. Yo no estaba hecho para las reformas, no me gustaba pelearme con fontaneros, electricistas, carpinteros de aluminio o pintores. Lo mío era la madera a pequeña escala, los muebles, los artesanos, los sillones como los de mi jardín, los que tanto le gustaban a Robert. La artesanía, en resumidas cuentas.

Mi madre dijo en una ocasión que yo era como un escultor, que mis manos tenían el don de darle forma a los sueños. Contaba solo con doce años cuando hice mi primera mecedora con los trozos de madera que sobraron de una obra del abuelo, y ella se la quedó a pesar de mi inexperiencia.

Era incómoda, más bien fea, incluso peligrosa si teníamos en cuenta los clavos que sobresalían, pero se sentaba en ella cada tarde para mecerse mientras luchaba contra un monstruo que se la comía por dentro sin que nadie lo supiera.

Fui mejorando con el tiempo y ella incrementó sus elogios

con cada mueble que mis manos aportaron a nuestra casa. Me aseguró que podría ganarme la vida con ello, y la creí.

«Cuando alguien confía en lo que hace, no necesita milagros para alcanzar el éxito».

Estaba claro que no me haría rico con mi trabajo, los nórdicos me llevaban una ventaja considerable, pero no se trataba de dinero, no necesitaba nada que no me diera Banner Elk. Era una cuestión de orgullo y de ser fiel a mí mismo.

No obstante, mis sueños tendrían que esperar. Papá me necesitaba. Él pensaba que lo mío era un entretenimiento y yo nunca lo saqué de su error.

No quería pensarlo. No el día de mi cumpleaños. A pesar de lo austero de nuestra celebración, no me apetecía darle más vueltas al asunto. Me daba dolor de cabeza.

—Por cierto, ya he oído lo de Elk Mountain —señaló Robert—. Ese viejo está como una cabra.

—Siempre lo ha estado.

—¿Y no se puede hacer nada? —Levanté una ceja y le di un trago a mi cerveza. A mi amigo le gustaba meter el dedo en la llaga—. Vale, vale, ya me callo, pero que conste que tu actitud me parece lamentable. ¡Adoras ese sitio! Podrías hacer maravillas con él.

—¿Quieres otra cerveza?

—¿Vas a invitarme a comer? —Me sonrió de medio lado.

—¿No tenías que ir a casa de tus suegros? —le recordé.

—¡Joder! ¿Qué hora es? —Era más de mediodía y saltó del sillón como si le hubieran pellizcado el trasero—. ¡Me cago en...! ¡Llego tarde! ¡Me debes un buen trozo de carne a la brasa! —gritó mientras corría calle abajo.

—¿Ese que va dando voces es Rob? —preguntó el abuelo, recién llegado en compañía de Mick, nuestro labrador, que se acercó para recibir su dosis de arrumacos—. ¿Qué le pasa?

—Llega tarde a comer en casa de los padres de Louise.

—Este chico... No aprenderá nunca. No hay que hacer esperar al alcalde —apostilló con sorna.

—¿Y papá?

—Está de camino. Se ha entretenido en casa de los Harris.

—Oh, mierda —mascullé, y me golpeé la frente con la mano—. El presupuesto de los Harris. Lo olvidé.

El abuelo emitió una risilla descarada.

—Vas a tener un cumpleaños movidito, muchacho. Tu padre no está de buen humor, te lo aseguro. Entre tu descuido y lo de Elk Mountain...

—Lo de Elk Mountain lo debe de tener furioso, joder. —El tema era tabú, no se podía hablar del lugar en su presencia, pero eso no quería decir que no se enterase de todas las noticias relacionadas con la propiedad—. ¿Sabemos quién lo ha comprado y por cuánto? —me atreví a preguntar.

El bufido que emitió el abuelo no fue muy alentador.

—El muy hijo de puta lo ha vendido por un dólar. ¡Un dólar! —se ofuscó—. A tu padre le salía humo por las orejas esta mañana. Y no, no sabemos quién es el afortunado, pero lo sabremos pronto.

Un maldito dólar. Si eso no demostraba lo loco que estaba Tobias Morton...

—Será algún ricachón de la ciudad.

—O uno de los soplaitas del campo de golf, vete tú a saber.

—¿Podría ser Clarence Montgomery? —dudé.

—¡Ni hablar! —Mick ladró un par de veces al oír el nombre de aquella rata—. Tobias le prendería fuego a Elk Mountain antes que verlo en manos de Montgomery.

—Bueno, casi tira la casa abajo, no sería nada extraño —le recordé mientras recogía las herramientas—. Ha dejado que la propiedad se vaya a la mierda y ahora la ha regalado sin más. Bien podría habérsela dado a Montgomery para que la convirtiera en otro jodido campo de golf. Para el caso...